

Cooperación internacional para la Gestión del Conocimiento

Carlos Gutiérrez-Cuevas
cgc@km-center.com

Recientes informes de prensa señalaron la lentitud de los desembolsos de partidas de cooperación de la Unión Europea hacia América Latina. Este hecho representa una dificultad adicional a numerosos proyectos que propenden por reducir las distancias económicas y tecnológicas entre las dos regiones y revela la incapacidad de algunos organismos multilaterales para desarrollar, en sus propios predios, sistemas idóneos de gestión del conocimiento.

En efecto, muchas iniciativas formuladas por comunidades a ambos lados del Atlántico, tienen que sortear obstáculos que se suponían en retirada frente al avance de la Sociedad Informacional. Pero, además, el caso pone de presente que muchos desequilibrios no sólo se mantienen sino que se acentúan.

Lo que nunca será

Para proyectos encaminados a contribuir a reducir la brecha digital, 6 meses pueden ser una eternidad es decir, la nada por que simplemente nunca se realizarán.

El Instituto Colombiano de Inmunología que dirige Manuel Elkin Patarroyo y donde se han obtenido significativos avances en la producción de una vacuna contra la malaria tuvo que cerrar sus puertas durante más de un año debido a que sus equipos fueron embargados por un banco comercial, ante las dificultades financieras del centro hospitalario donde funcionaba.

Una entidad europea ofreció traslado a los 120 investigadores del Instituto para que continuaran su trabajo en el exterior. Fue la única manera que encontró para contribuir a resolver el problema. De haberse concretado, se habría incrementado la emigración de científicos que salen diariamente de Latinoamérica para no regresar.

Adicionalmente, la solución hubiese significado el incremento innecesario de los costos operacionales, de tal suerte que los resultados en términos de la economía del conocimiento quedarían desplazados fuera de la franja tropical donde se padece esa enfermedad.

A finales del siglo 18 se inició una de las aventuras científicas más interesantes del mundo: la Expedición Botánica que inventarió parte de la enorme riqueza natural de los territorios de la antigua Nueva Granada. Cientos de carpetas con los registros de los expedicionarios están en Madrid. Si un investigador latinoamericano quiere confrontar sus hallazgos con los obtenidos por José Celestino Mutis debe viajar a España en condiciones que a veces bordean la indignidad.

América Latina transfiere conocimiento

El caso de la Expedición Botánica inauguró una tendencia que, lejos de desaparecer, se acentúa con el paso del tiempo: la de la transferencia de conocimiento desde países periféricos a centros científicos y económicos en términos poco equitativos.

En los últimos 40 años más de un millón de científicos latinoamericanos ha emigrado a Europa y los Estados Unidos. Además de U\$ 30 mil millones que se calcula costó la inversión en formación de esos profesionales, su impacto sobre el retraso en diversos campos de la ciencia es inconmensurable.

Estamos ante una especie de subvención indirecta que Latinoamérica les brinda a países que, gracias a su mayor capacidad económica, vinculan investigadores de alto nivel a sus programas. La pérdida, en términos de coste de oportunidad para la región es incalculable de acuerdo con la Academia de Ciencias de Latinoamérica. ("Pulso Latinoamericano". Informe publicado en 12 periódicos de América Latina. El Tiempo. Bogotá. Página 1-15. 29 de mayo de 2002).

El fenómeno amplía las desigualdades. La UNESCO informó que la inversión en Investigación y Desarrollo de los países de América Latina y el Caribe en 2001, apenas representó el 3,1% del total de las inversiones mundiales. Los Estados Unidos participaron con el 38,2%; Europa con el 28,8% del total y Asia con el 27,9%.

La cantidad de investigadores por cada mil habitantes de población activa es diez veces mayor en la Unión Europea, Japón y Estados Unidos que en países como México, Colombia, Venezuela y Ecuador. La diferencia es ligeramente inferior con Chile, Uruguay, Cuba y Argentina aunque los grandes desplazamientos por la crisis económica, colocan a éste último en una situación peor.

Se calcula que 90 mil jóvenes de la región están cursando estudios en el exterior en este momento. Estados Unidos, donde se encuentra el 11% de esos estudiantes, recibe por ese concepto 7 mil millones de dólares anuales. Los países más fuertes económicamente reciben al año ingresos por U\$15 mil millones anuales por este concepto. Adicionalmente, sólo una mínima parte de los estudiantes latinoamericanos que salen anualmente a cursar estudios a la Unión Europea, Estados Unidos y Japón, regresa al término de éstos.

Cerrar la brecha o mantener el desequilibrio

En esa perspectiva, un programa de gestión del conocimiento que intente obtener respaldo internacional sin advertir estos hechos, muy posiblemente termine contribuyendo a acentuar las diferencias económicas y culturales, en vez de reducir la brecha digital, que tanto se proclama.

Muchos gobiernos, expertos y agencias de cooperación creen que lo que requiere Latinoamérica para ingresar a la Sociedad Informacional son herramientas tecnológicas. Su propósito concluye cuando los proveedores de equipos, software y contenidos cierran su venta. Raras veces se admite que nuestras Comunidades de Práctica tienen contribuciones, en conocimiento, de un valor inconmensurable.

Obligados a la innovación

Es frecuente que la insuficiencia de recursos básicos para la investigación y el desarrollo de conocimiento permita encontrar soluciones que no se consiguen con abundancia de medios. La urgencia estimula muchas veces la creatividad y la innovación.

Surge así un clima de colaboración espontánea, un rasgo común a muchas facetas de la cultura latinoamericana. Lejos de inducir a la individualización que muchos le auguraban al desarrollo de las Tecnologías de la Información y la Comunicación, TIC, cada vez se reconoce como eje de la Gestión del Conocimiento el fermento de las Comunidades de Práctica, la consolidación de entornos colaborativos y la interacción de personas y grupos de los más distantes lugares del planeta.

No obstante, factores de poder propios de la Sociedad Industrial -y que aún se mantienen vigorosos-, tratan de impedir, de muchas maneras, la densificación y ampliación de oportunidades de intercambio equitativo y mutuamente enriquecedor.

Por otra parte -con la promesa de contribuir a reducir la debilidad y la dependencia ideológica latinoamericanas-, algunos organismos de cooperación reducen sus ofertas de ayuda a temas de su conveniencia pero que sin que logren estimular la comprensión de los intereses, posibilidades y necesidades reales de éstos países.

Premisas para la cooperación internacional en Gestión del Conocimiento

El debate sobre esta cuestión es decisivo para el desarrollo de programas de cooperación en Gestión del Conocimiento. La superioridad tecnológica y económica de Europa es incuestionable. Pero prolongar, por eso, esquemas excluyentes e impositivos significa, cuando menos, una inconsistencia con los predicados elementales de la Gestión del Conocimiento.

En el contexto que hemos descrito, es indispensable impulsar mecanismos que permitan a las organizaciones superar los obstáculos que les cierran el acceso a conocimientos pertinentes y relevantes para su evolución y que, al mismo tiempo, les permitan poner en juego sus propias elaboraciones.

En términos generales, para facilitar el acceso de América Latina a la economía del conocimiento es indispensable dejar de pensarla como simple receptora de fórmulas supuestamente validadas en los centros de poder y comenzar a estimarlas como fuente de saberes y experiencias capaces de nutrir a la humanidad.

Los factores fundamentales de conocimiento que requiere América Latina ya están contenidos en nuestra propia realidad. Se necesita, sí y con urgencia (pero con respeto a nuestra identidad cultural, tan amenazada por la condición de patio trasero de la primera potencia del mundo), aportes que nos permitan desarrollar nuestras aptitudes, convertir el conocimiento implícito en competencias funcionales, consolidar acciones prácticas de intercambio de experiencias y estudios y, sobre todo, merecer el reconocimiento de homólogos en los países de la UE.

Sectores progresistas de la sociedad estadounidense parecen estar entendiendo la nueva perspectiva que abre la Sociedad Informacional. Neta, una comunidad de mujeres sudamericana, gracias al apoyo altruista de tecnócratas alternativos de California, mantiene una red de cooperación efectiva a grupos indígenas de Centro América y México. Una comunicación reciente con Etienne Wenger nos abre la posibilidad de presentar los aprendizajes obtenidos en la integración de Comunidades de Práctica en Colombia, ante colegas de Norte América: son indicios que podrían perfilar caminos de encuentro con grupos europeos involucrados en esta temática, mientras las instancias comunitarias allanan las dificultades que les han impedido realizar las inversiones en cooperación.